

Karin Boyce Brotar duele

Poemas seleccionados
y comentados por
Theodor Kallifatides

Traducción
de Carmen Montes

Karin Boye Brotar duele

Poemas seleccionados
y comentados por
Theodor Kallifatides

Traducción
de Carmen Montes

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Jordi Doce

Traducción del sueco:
Carmen Montes Cano

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© de la selección y los comentarios: Theodor Kallifatides, 2025

© de la traducción del texto de Theodor Kallifatides:
Carmen Montes Cano, 2025

© de la traducción de los poemas: Gallonero Ediciones, S.L.,
en representación de Carmen Montes, 2025

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 89-2025
ISBN: 978-84-10317-82-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Huddinge es una localidad del sur de Estocolmo. Fui allí por primera vez hace cincuenta y dos años, invitado por mi novia, para que sus padres supieran con quién estaba saliendo.

Estaba nervioso, no tenía ni idea de qué era lo que me esperaba. Era evidente que yo, un griego que había emigrado a Suecia y que apenas había aprendido a «sortear las aristas» del nuevo idioma, no era precisamente un buen partido para una joven atractiva de una familia burguesa con prosapia, ingresos seguros, estudios académicos, viajes al extranjero y residencia de verano.

Estábamos a primeros de junio. La estación de tren de Huddinge era un edificio modesto de color amarillo que olía a humo y a lirio de los valles de Eau Fraîche, una marca a la sazón popular y relativamente barata. Varias mujeres y algunas muchachas jóvenes esperaban el tren rumbo a la ciudad. Hablaban animadamente, no temían nada, el futuro les pertenecía. Me contagié de sus alegres expectativas de pasar una noche en el centro. La angustia que sentía se transformó en un desenfadado regocijo que consiguió que estirase al máximo mi modesta estatura.

Tomé una calle estrecha donde había un par de comercios, uno vendía máquinas de coser Singer y el otro, libros. Aquello me recordó el pueblo en el que nací, y la oleada de nostalgia que me recorrió por dentro suscitó en mí la pregunta de siempre.

¿Qué estaba haciendo con mi vida?

Aquel estado no duró mucho. Hacía un día demasiado hermoso para tan sombrías consideraciones, aunque, al mismo tiempo, la belleza siempre despierta cierto pesar en lo más hondo de las entrañas. Pasé por delante de varios jardines, tomé otra calle y luego una más y, a aquellas alturas, ya iba canturreando para mis adentros unos versos de Yannis Ritsos que Mikis Theodorakis había armonizado: «Un día de mayo te fuiste de aquí, un día de mayo te perdí».

Era una canción triste, pero de lo más apropiada para un día tan hermoso.

Mi novia estaba esperándome junto a unas lilas en flor, y yo sabía que esas flores pertenecían a la misma familia que el olivo que crecía en la parte trasera de la casita que mis abuelos maternos tenían en el pueblo donde nací. Llevaba una falda larga de color blanco y una camisa azul. Y sonreía.

El encuentro con sus padres transcurrió sin dramatismo, bastante relajado, seguramente ya habían inspeccionado antes a unos cuantos pretendientes. Sirvieron el

café fuera, bajo un cerezo viejo y alto. Había montones de dulces y galletas, y yo no sabía si debía empezar por un bollo o por una galleta, pero la que iba a ser mi suegra tenía buen ojo para los problemas menores de la vida y me animó a que probara uno de los dulces que había hecho ella misma. Las galletas las había comprado. Así se solucionó el problema, y el café estaba delicioso.

Me sumí en una suerte de melancólica felicidad –pensé con cierta tristeza en mis padres y en lo mucho que les habría gustado estar donde me encontraba yo en esos momentos– mientras seguía con la mirada una flor de cerezo que se había desprendido y caía despacio sobre el largo cabello de mi novia, que se iluminó con más claridad que nunca y despertó en mí un vivo deseo, que traté de ocultar como pude con las manos. A mi futura suegra, tan observadora como era, no le pasó inadvertido y me preguntó si me dolía algo.

–De pronto he sentido una punzada en el estómago.

–Ya, es que brotar duele, como dice Karin Boye –respondió, y esa fue la primera vez que oí aquel nombre.

Karin Boye.

Después, ya por la tarde, mi novia me acompañó a la estación de tren. Había bajado algo la temperatura, yo tenía un poco de frío, pero ella no. De ese modo se puso de manifiesto un patrón que mantendría su vigencia a lo

largo de todo el tiempo que luego llegaríamos a estar juntos. Yo tengo frío casi siempre. Ella no tiene frío casi nunca y es como si le costara entender que la gente pueda tener frío. El resultado es una comedia. Yo voy por ahí cerrando puertas y ventanas que ella ha abierto previamente, yo subo la calefacción que ella ha bajado, yo me pongo calzones largos debajo de los pantalones cuando ella va sin medias, yo me protejo la cabeza con un buen gorro mientras ella deja que las gélidas ráfagas de viento le revuelvan la cabellera. Así llevamos cincuenta y tres años, pero esa noche de junio, mientras caminábamos hacia la estación de tren, no teníamos ni idea de ello, sino que nos dedicamos a hablar de Karin Boye.

La cuestión era que la abuela paterna de mi novia, a la cual yo no tendría ocasión de conocer, puesto que ya había fallecido, había sido amiga de la madre de Karin Boye, y las dos mujeres se veían con asiduidad. La localidad de Huddinge no era muy grande, todos se conocían, pero no todos se trataban con todos, sino que reinaba una jerarquía bastante estricta. A mí no me interesaba demasiado la vida de Karin Boye —¿por qué me había de interesar?—, pero sí me interesaba mi novia, así que le pregunté:

—¿Tú la has leído?

Me respondió como un rayo y con una dicción muy cuidada, como suele hacer todo el mundo cuando recita

un poema. Nunca he sabido por qué, pero yo también lo hago así. Cuando recito y también cuando escribo poesía. Me embarga la sensación de que tuviera que ponerme el traje más elegante, pero esa noche, rodeado del aroma de las lilas y mientras caminaba con la mano de mi novia entre las mías, mi receptividad era muy superior a cualquier reparo:

El día que nos saciamos, ese nunca es el más grande.
El día mejor es siempre un día de sed y de hambre.

Aquellas palabras me llegaron al corazón, que, desde el día que abandoné mi ciudad, estaba sediento de cuanto había perdido.

—Es muy hermoso y, además, muy cierto —dije, y ella me apretó la mano un poco más fuerte.

Ya no dijimos nada más, pues teníamos que correr a la estación, pero cuando nos dimos el beso de despedida, no lo sentí como un adiós, sino como el principio de una nueva vida.

El tren rumbo a la ciudad iba casi vacío a aquella hora tan tardía. «Tengo que indagar acerca de Karin Boye», pensé, pero no lo hice. Ya había empezado en serio con mis planes de escribir en sueco. No solo por mi voluntad de adaptarme a aquella sociedad, sino sobre todo porque había descubierto que cada realidad exige

su propia lengua. Se me antojaba una falsificación escribir en griego, bajo otro cielo y bajo otro sol, acerca de mi vida sueca.

Me parecía que era como traicionar tanto la realidad como a mí mismo. Vivía con una lengua nueva, no la dominaba, pero esa era también una de las condiciones; seguramente, la más importante.

Con los años llegaría a comprender que, en efecto, era la más importante. De modo que me entregué y me abandoné a la lengua sueca sin quejarme, sin protestar, sin verlo como una traición, sin cargo de conciencia, sino con la poderosa sensación de que emprendía una gran aventura, seguramente la más grande, es decir, la de nacer en otro mundo, en otra vida, en otra muerte.

Mi primer libro, la colección de poemas *La memoria en el exilio*, se publicó al año siguiente. Estaba dedicado a Gunilla, la novia que entretanto se había convertido en algo más que una novia, más o menos vivíamos juntos, aunque seguíamos conservando cada uno su piso: aún no estábamos preparados para comenzar a ser una familia.

El libro tuvo una buena acogida, salvo alguna dolorosa excepción, pero la mejor recensión fue la de Gunilla, cuando me dijo que su abuela se habría sentido orgullosa de tener a un poeta en la familia. Como decía, la abuela había sido amiga de la madre de Karin Boye,

una persona influyente en los círculos intelectuales de Huddinge, que no eran muy amplios, aunque sí organizaban encuentros periódicos en los que conversaban de las novedades literarias, de política, de la situación de la mujer, etc. Esa época ya había quedado atrás, la generación que influyó de forma decisiva en el desarrollo del extrarradio estaba muerta o se componía de ancianos, pero había dejado tras de sí una herencia, algo parecido a un sentimiento de compromiso de cuidar de nuestro lugar en este mundo. Habían construido un centro, una iglesia baptista, el primer rascacielos, que, en un alarde de originalidad, era horizontal. El responsable de la iniciativa fue el abuelo paterno de Gunilla, un hombre piadoso que estuvo de misionero en China hasta que cayó gravemente enfermo y lo enviaron de nuevo a casa.

A mí me encantaba verme arrastrado a ese ambiente. Me encantaba que hubiera un pasado, una historia, mitologías locales, como, por ejemplo, la del primer comunista cuyo hijo se graduó en el instituto con la máxima calificación en todas las asignaturas –una rareza en el durísimo colegio sueco– y que, por una estimulante casualidad, fue mi primer profesor cuando empecé a estudiar filosofía en la Universidad de Estocolmo, y el primer amigo de verdad que tuve en mi nuevo país. Fue Gunilla la que me lo contó, a él jamás se le habría ocurrido mencionar algo así.

Sentí deseos de leer más acerca de Karin Boye, de Huddinge, de la pequeña iglesia del siglo XIII, del cementerio y los difuntos que allí descansaban, y eso hice. No de una forma sistemática, no de forma metódica, sino más bien mediante excursiones ocasionales a un tiempo remoto que, pese a todo, me conmovía profundamente sin que yo pudiera entender muy bien el porqué. Era como ver fotografías infantiles de la persona a la que quieres. Sin embargo, no fui mucho más allá. Mi viaje por la literatura sueca había comenzado y siguieron unos años febriles. Otros libros, problemas cotidianos, alegrías y penas tomaron el mando, Gunilla y yo nos fuimos a vivir juntos, nos convertimos en una pareja como tantas otras. Adquirimos costumbres, amigos comunes, planes comunes, entre otros, el más importante de todos, tener hijos, y la vida tomó un nuevo rumbo.

Dejamos el piso y nos construimos una casita en Huddinge, al lado de la de mis suegros, que, además, nos habían regalado el terreno. Nuestro hijo, que entonces tenía tres años, era un peón afanoso, se pasaba los días trabajando como un animal de la mañana a la noche, incluso cuando llovía. Nuestra hija estaba en camino, y yo miraba embelesado a Gunilla cuando se pasaba la mano por la barriga, que era una preciosidad. Una montañita redonda que ella llevaba sin problemas. Un

embarazo elegante. Puede decirse que éramos felices, y así era cuando volvimos a los dominios de Karin Boye, a las fragantes lilas, a los jardines de manzanos, perales y cerezos.

Un mediodía de domingo, guiados por nuestro hijo de tres años y con la recién nacida en el carricoche, dimos un largo paseo y terminamos recalando al pie de una casa bastante grande de madera de color rojo que se alzaba junto a la iglesia baptista.

Era un edificio impresionante, no tanto a causa de la suntuosidad y la belleza de los detalles como por el incomparable amor de los suecos por un trabajo artesano bien hecho, lo que llaman *snickarglädje*, la arquitectura en madera ricamente labrada. El detalle más estimulante lo constituían las ventanas, que presentaban distintos tamaños, divididas unas en horizontal por la parte superior, otras en vertical por la mitad. Dejaban pasar cautamente la luz del día al tiempo que detenían los vientos desapacibles del invierno. Eran ventanas funcionales, ni más ni menos, embellecían el edificio al tiempo que lo protegían. No eran un mal necesario, no eran algo que hubiera que hacer, sino algo que uno disfrutaba haciendo.

En algún lugar he escrito que si miramos al fondo del alma sueca, encontramos una llave de esas que en español se llama «llave inglesa», en Israel, «el peque-

ño sueco», y en griego, «llave francesa». La casa estaba rodeada de altos abedules que creaban pasajes de luces y sombras.

—Es Björkebo. Aquí vivió unos años la familia Boye —dijo Gunilla, y enseguida se me llenó la cabeza de imágenes de una luminosa dicha familiar. Pero ¿hasta qué punto podía ser luminosa, en realidad? Corría el año 1915, la Primera Guerra Mundial arrasaba Europa, ¿cómo afectaba todo ello a la vida en Suecia?

—Hay tantas cosas que ignoro de Suecia... —dije algo cohibido.

Mi mujer es un ser pragmático. Se limitó a encogerse de hombros. ¿Cómo iba a saber yo nada sobre Suecia durante la Primera Guerra Mundial? Emigré de Grecia a mediados de los años sesenta, porque yo necesitaba trabajo y Suecia necesitaba mano de obra. Y ahora iba a vivir mi vida en un nuevo país. No era aceptable seguir sumido en la ignorancia. ¿Cómo iba a comprender mi entorno y a las personas que me rodeaban sin conocer el pasado? ¿Cómo iba a comprender la literatura y el arte suecos? ¿Cómo iba a comprender a Karin Boye, con la que, de un modo intuitivo, sentía cierta afinidad?

El día que nos saciamos, ese nunca es el más grande.

El día mejor es siempre un día de sed y de hambre.

Yo no sabía nada de días de saciedad, ni mental ni física, y no estaba muy seguro de a qué tipo de sed se refería.

¿Sed de un paraíso perdido, de un amor malogrado, de un amor imposible o de justicia social?

Estaba claro que necesitaba estudiar.

Ante mí discurría un ancho río, y tenía que adentrarme en él, correr el riesgo de verme arrastrado al fondo y desaparecer, pero ¿acaso tenía otra opción?

Quizá la hubiera. Ocultarse al mundo, vivir a escondidas, como decía Sócrates, crearse un hogar griego en Suecia, solo que yo no quería vivir fuera de mi nuevo país, sino dentro de él.

Tal vez esa fuera «la sed» de la que hablaba Boye. Esa exigencia interior de salir al mundo, llegar a ser otro o llegar a ser nuestro yo verdadero.

En Europa asolaba el terror de la Primera Guerra Mundial. Suecia se había declarado neutral, aunque eso no implicaba que el país no se viera afectado. Resultaba difícil importar mercancías, en 1917 la hambruna era un hecho, la gente se echó a las calles, había disturbios, racionamiento, pero esto ocurría sobre todo en las grandes ciudades; en el campo existían otros recursos, sus habitantes cultivaban verduras, tenían gallinas y quizá un cerdo o una vaca, como los abuelos de mi mujer.

Karin Boye contaba quince años cuando estalló la guerra. Es muy posible que, para su familia, la vida continuara como antes, que su padre siguiera leyéndole en voz alta poemarios y novelas recién publicadas, que su madre siguiera siendo una fuerza motriz de la vida cultural del pueblo, que la muchacha de quince años tuviera unas inquietudes distintas de la guerra en curso.

¿Qué clase de preocupaciones pueden sobrevenirle a una niña de quince años con circunstancias estables o más o menos estables, que vive en una preciosa casa de madera, con un cuarto en la planta superior donde puede cultivar sus sueños y su imaginación sin que nadie la moleste?

Para responder a esta pregunta, hay que buscar en lo más hondo y problemático del ser humano, a saber, la sexualidad. ¿Qué horror no implica descubrir que llevamos dentro algo que en modo alguno controlamos? Un poder que tiene vida propia, que elige sin saber dar cuenta de las razones, que nos acelera el pulso cuando vemos a una persona, que nos obliga a inventar un montón de motivos para estar cerca de esa persona, sin atrevernos a expresar nada de lo que sentimos.

Allá fuera, en el mundo, tenía lugar una guerra terrible. En el interior de la quinceañera Karin Boye arrasaba otra guerra. ¿Quién es esa joven? ¿Qué es? No se atreve a formular esas preguntas directamente, porque acaban

siendo metafísica: busca símbolos y paradigmas, pues no es lo bastante fuerte para definirse a sí misma. Yo recuerdo con claridad esa lucha de mi vida adolescente. La oscilación entre distintas identidades de género, la inseguridad, la angustia. Es la época en la que queremos huir del mundo, es decir, de nosotros mismos.

Ella descubrió que estaba enamorada de una muchacha, y sabía que nunca llegaría a decírselo. Al contrario, haría lo posible por ocultarlo, lo que sin duda la abocó a odiarse a sí misma, a odiar su cobardía, su inclinación. ¿Habría algún lugar donde pudiera esconderse de las miradas y las murmuraciones ajenas? ¿Habría algún entorno en el que pudiera ser libre, alegre, fuerte y feliz, donde pudiera hablar sin reservas?

Solo existía un lugar así, que más que un lugar es un espacio. La lengua. En el espacio de la lengua llegaría Karin Boye a vivir su corta vida. Y a veces, cuando la lengua le fallaba, debía de sentirse tan desnuda como un cubito de hielo.

Ser homosexual en Suecia en aquella época no solo era delito en el ámbito de las convenciones, sino también ante los ojos de la ley. Una conducta homosexual podía conducir a penas de cárcel de hasta dos años. Por supuesto, se trataba sobre todo de hombres homosexuales. La homosexualidad femenina era invisible, nadie la tomaba en serio, la consideraban más bien una suplente

provisional del acto heterosexual. En el fondo, las mujeres lo que añoraban era el pene, y todo lo demás era un sustituto.

Esa forma de ver las cosas no se basaba en estudios ni hipótesis científicas, sino que emanaba más bien de la posición que la mujer ocupaba en general. Puesto que se consideraba que no estaba en posesión de una fuerza y un intelecto equiparables a los del hombre, tampoco podía poseer sus apetitos.

Todavía en 1991, un diletante como Ian Wachtmeister, político conservador de linaje noble, logró alcanzar gran popularidad con la broma de que «toda mujer que se aleja cinco metros de los fogones debe considerarse una fugitiva». Yo mismo se lo oí decir en varias ocasiones, siempre con el mismo éxito. Todos reían, incluso algunas mujeres.

A Karin Boye y a las mujeres de su generación las educaron para ser amas de casa en el hogar del hombre, complacerlo en todo, no tener opiniones. El matrimonio era un contrato de una vida esclava que las mujeres se veían obligadas a aceptar, pues no había alternativas.

La homosexualidad no se despenalizó en Suecia hasta 1944, es decir, tres años después de la muerte de Karin Boye, pero, entretanto, había cambiado la visión que se tenía al respecto. Ya no se la consideraba un delito ni tampoco un pecado, sino una enfermedad que podía

curarse mediante diversas terapias, el psicoanálisis, la lobotomía o el electrochoque. Los homosexuales se libraban de la cárcel y del infierno para ir a parar a una clínica.

Ese era el panorama social cuando Karin Boye descubrió a los quince años cuál era su condición. Era una joven que se sentía atraída por otras jóvenes, un secreto que trató de enterrar en lo más hondo de su corazón, iba camino de convertirse en una mujer y de tener que desempeñar los papeles prescritos para las mujeres sin experimentar la menor alegría. De modo que pasaba muchas horas sola en su cuarto, en lo más alto del imponente chalet, escribiendo poemas, relatos y obras de teatro, dibujando y pintando acuarelas de tema mitológico, mientras esperaba a graduarse en el instituto, dejar su hogar, empezar otra vida, ser libre y fuerte.

Después de la graduación, cursó magisterio en un seminario y, una vez concluido el último curso, se trasladó a Uppsala para estudiar griego clásico, lenguas nórdicas e historia de la literatura, por ese orden.

Los años que pasó en Uppsala no fueron años de libertad, como ella esperaba, sino más bien de lucha por la supervivencia en un entorno que los hombres dominaban sin limitaciones de ningún tipo. Tenían sus rituales, sus clubes, su jerga, sus revistas literarias... Y las pocas mujeres que estudiaban representaban un

elemento molesto. Karin Boye, con su singular talento, supuso mucho más.

A pesar de las circunstancias, debutó ya durante el primer año en Uppsala con *Nubes*, una colección de poemas. Tenía veintidós años. Este es el poema central del libro.

Oración nocturna

No hay nada como este instante.
La última hora muda de la noche.
No hay pesar que nos abraze
ni voces que nos convoquen.

Ven, toma entre tus dedos
el día que se ha ido en un suspiro.
Sí, bien sé que tornas bueno
cuanto he hecho o he incumplido.

Males pienso, males hago.
Pero tú todo lo sanas y limpias.
Y mis días vas transformando
de grava en piedras finas.

Sé quien alza y quien sustenta,
yo solo puedo abandonarlo todo.
¡Tómame, guíame, haz que te quiera!
¡Sea de mí solo tu antojo!